

numerable, con que el soldán de Egipto volaba al socorro de la plaza. Despues procuró hacer florecer el culto divino: fundó un cabildo de canónigos en la iglesia del Santo Sepulcro, otro en la iglesia del Templo, y levantó un monasterio en el valle de Josafat. Distribuyéronse en estos establecimientos diversas lámparas de oro y plata, y todas las inestimables riquezas de una soberbia mézquita que el califa Omar habia edificado sobre las ruinas del antiguo templo, la que tambien fué convertida en iglesia. Daimber-

to, arzobispo de Pisa, que llegó á fines del mismo año de 1099 para suceder á Aimar-do en calidad de legado de la Santa Sede, fué elegido patriarca de Jerusalem por los señores cruzados que quedaban en Palestina. Godofredo recibió de este patriarca, que representaba al Soberano Pontífice, la investidura de su reino, y Boemundo la del principado de Antioquia; y desde entonces aquella antigua iglesia y aquel nuevo reino tomaron una forma regular.

### LIBRO TRIGÉSIMO-QUINTO.

**Desde la conquista de Jerusalem por los cruzados en el año 1099, hasta el primer Concilio general de Letran en el de 1123.**

EL nuevo reino de Jerusalem, sin embargo de su magnificencia, solamente era considerable por su fama y por los heroicos hechos de armas de su soberano (1). Cuando los grandes creyeron cumplido su voto con la conquista de los Santos Lugares, se retiraron todos á su patria, y Godofredo quedó solo con Tancredo. Reunidas sus tropas, apenas llegaban á trescientos caballos y á dos mil hombres de infantería. Eran muy pocas las ciudades sometidas, y separadas unas de otras por plazas enemigas que hacian su comunicacion casi impracticable. Los infieles ocupaban toda la campiña y arruinaban las tierras para consumir á los cristianos con la carestía, aun á riesgo de morir ellos

mismos de hambre. No reinaba mayor seguridad en las ciudades mal reparadas, á las que llegaban casi todas las noches gruesas partidas de sarracenos á causar sobresaltos y á quitar á muchos cristianos la vida.

La conquista de Jerusalem acaeció catorce dias antes de la muerte de Urbano II, quien por consiguiente no tuvo el consuelo de saber la noticia de una conquista que tanto habia ansiado. Estaba reservado este placer á Pascual II, que un mes despues de este acontecimiento, en 13 de agosto, fué elegido por sucesor de Urbano; mas su alegría fué bien pronto acibarada por la muerte del rey Godofredo que solamente vivió un año escaso en el trono. Apenas el nuevo Pontífice envió á Mauricio, obispo de Porto, para suceder á su legado Daimberto, que fué elegi-

(1) Guill. Tyr. lib. 9, cap. 19.

do patriarca, murió el nuevo rey en 18 de julio de 1100. Su hermano Balduino, conde de Edesa, que tenia tanto valor como Godofredo, aunque no su prudencia, fué reconocido por rey, y algunos meses despues durante los cuales concibió Daimberto contra él prevenciones que por fortuna no tuvieron consecuencias, fué coronado por este patriarca en Bethleem el dia de Navidad del mismo año.

Entretanto en Europa, habiendo sabido San Anselmo en Lyon la promocion del Papa Paseual, le rogó por cartas que no olvidase las desgracias de la iglesia de Inglaterra, que sentia mucho mas que las suyas propias. Representóle (1) que la especie de destierro que sufría era solo por no querer acceder á los caprichos de un príncipe que miraba como derechos Reales los trastornos de la ley divina; que el rey Guillelmo estaba ofendido solo por haberle rogado que le permitiese ir á consultar al Sumo Pontífice; que no solo prohibía á los obispos el escribir al Papa y recibir sus cartas, sino tambien reconocer sin orden suya al Papa en Inglaterra; que despues de trece años que reinaba, no habia permitido se celebrase allí un concilio; que regalaba las tierras de la Iglesia á sus vasallos, y retenia para sí mismo todos los bienes de la de Cantorbery desde el tiempo en que le obligó á salir de allí. Por último, rogaba al Papa que no le mandase regresar, á menos que no pudiese observar allí la ley divina y se constituyese el rey en la obligacion de reparar los males que habia causado.

Pero Dios mismo parece que quiso castigar en este mundo al príncipe Guillermo. Poco despues de estas quejas del santo primado de Inglaterra, en 2 de agosto de dicho año de 1100, murió Guillelmo el Rojo en una cacería, pero de un modo tan sú-

(1) Lib. 3, Epist. 40.

bito, que no dió señal alguna de arrepentimiento (1). Persiguiendo á un ciervo á quien hirió, un caballero llamado Tirriel, que quiso acabar de matar al animal, despidió una flecha que se clavó en el corazon del rey, á quien dejó muerto en el acto. Lloróle amargamente su santo pastor; y protestó de un modo capaz de persuadir á todo el mundo que mas hubiera deseado perecer él propio que ver espirar así á aquel desgraciado príncipe. Recibió bien pronto San Anselmo una diputacion de su iglesia, instándole para que regresase á ella; y apenas se habia puesto en camino cuando otra diputacion del nuevo rey Enrique y de los señores del reino llegó á suplicarle que acelerase su venida, ofreciendo el rey gobernarse por sus consejos y disculpándose de haberse hecho consagrar sin esperarle. Las circunstancias críticas en que se hallaba esplicaban esta medida: el rey Guillelmo no dejaba hijos; y como Roberto, conde de Normandía, su hermano mayor, no habia llegado todavia de la cruzada, Enrique, hermano menor, que se habia aprovechado de su ausencia para hacerse elegir rey, temió dejar intervalo alguno entre la eleccion y la coronacion. Proporcionó Anselmo su diligencia al empeño de todas las órdenes del reino, siendo recibido en este con las mas vivas demostraciones de alegría. Sostúvose el rey Enrique contra todos los esfuerzos de su hermano, y reinó mas de treinta y cinco años. Tuvo tambien en lo sucesivo vivas contiendas con su santo arzobispo, mas por el pronto quiso al parecer conjugar las lágrimas de la iglesia de Inglaterra.

La de Roma vióse tambien libre, por este mismo tiempo, de las turbulencias y de los escándalos que venia sufriendo despues de veinte años enteros por la intrusion del antipapa Guiberto. Desde que Pascual as-

(1) Hist. Novor. lib. 3.

cendió al pontificado, los romanos, indignados repentinamente de que aquel tizon de la discordia hubiese tenido agitada á la Iglesia durante tres pontificados consecutivos, instaron á su Pastor legítimo para que los libertase de este azote, ofreciendo al efecto su sangre con todas sus facultades. Por otra parte, los diputados que de parte del conde Rogerio acudieron á cumplimentar al nuevo Pontífice, pusieron á sus pies ciento veinte y cinco marcos de oro. Así pues pudo ya el Papa Pascual obrar con eficacia. Espulsó muy luego de Albano á Guiberto, y este fué el desenlace de esta larga y desastrosa usurpación del pontificado, porque el antipapa murió repentinamente en su fuga, dando algunas señales de arrepentimiento, porque mandó poner en libertad á muchos eclesiásticos que tenia prisioneros, entre otros á Berardo, obispo de Macon, á quien encargó fuese á Roma á suplicar al Papa rogase á Dios por él (1). En vano los cismáticos quisieron reemplazar sucesivamente á Guiberto con Alberto, Teodorico y Maginulfo, nombrado por su facción Silvestre IV, porque los dos primeros fueron cogidos al momento y encerrados en monasterios, y el tercero tuvo que huir, muriendo espulsado en tal miseria que quitó á otros las ganas de sucederle.

Aprovechóse el Papa Pascual del modo mas conveniente de la tranquilidad que recobraba para la edificación de los príncipes y de los pueblos. Felipe, rey de Francia, habia olvidado las ofertas con que logró de Urbano la absolución. Observó Pascual una conducta mas severa ó mas espedita. Nombró legados de su parte que fueron á buscarle, y le notificaron que dejase su concubina; y como no les dió ninguna esperanza de enmienda, convocaron contra él un Concilio en Poitiers; celebróse efectivamente en el día señalado (1100), y en él

(1) Hugo Flav. in Chron.

fué excomulgado nuevamente el rey igualmente que Bertrada. En vano el conde Guillermo de Poitiers, aun mas disoluto que el rey Felipe, infundió pusilanimidad á algunos prelados, porque el mayor número, y entre ellos Bernardo, abad de San Cipriano de Poitiers, y el bienaventurado Roberto de Arbrisel, con quienes se habian asociado, se distinguieron por una firmeza á toda prueba. Algunos perversos que querian agradar al conde, hicieron volar desde el coro una granizada de piedras; y habiendo ya roto la cabeza á un eclesiástico al lado de los legados, los Padres permanecieron inmóviles y algunos se quitaron sus mitras como para recibir mejor los golpes, lo cual causó la mayor impresion en los sediciosos y se calmó la sedición.

La excomunion pronunciada contra Felipe y Bertrada causó tanta sensacion en los ánimos, que habiendo ido el rey algun tiempo despues á Sens con su concubina halló cerradas todas las iglesias, teniendo que permanecer quince dias sin poder oír misa. Bertrada, de un carácter mas violento que el rey, mandó abrir á la fuerza la puerta de una iglesia, y obligó á uno de sus capellanes á celebrar en su presencia. Felipe, en quien la disolucion jamás llegó á extinguir los sentimientos de la Religion, declaró por el contrario que queria ir á Roma á pedir al Papa la absolución. Sin embargo, Ivon de Chartres escribió al Papa diciéndole que no creia efectuarse este viaje, y le previno desconfiase de las promesas del rey (1). En efecto, Orderico Vital dice que el endurecimiento que Felipe opuso á estos nuevos rayos de la Iglesia, así como á las representaciones de muchos obispos, fué castigado con graves enfermedades que el cielo le envió. El débil príncipe siguió algun tiempo todavía encenagado en su pecado, y no

(1) Ep. 104.

recibió la absolución del Pontífice hasta que en el Concilio celebrado en Paris el día 2 de diciembre de 1104 se la dió en su nombre Lamberto, obispo de Arras. Entonces una humildad ejemplar, y las pruebas mas claras de compuncion, no dejaron duda alguna sobre la sinceridad de las promesas del rey. No obstante los rigores de la estacion, fué descalzo al Concilio, y juró entre las manos del delegado del Papa, no solo no conservar en lo sucesivo trato alguno criminal con Bertrada, sino tambien no hablar con ella, á no ser en presencia de testigos libres de toda sospecha. Esperaba todavia obtener dispensa para casarse con ella; pero el Papa permaneció inflexible á causa de la enormidad del escándalo y de los malos tratamientos que habian ocasionado la muerte á la reina Berta. Sometióse Felipe en un todo, y ya no pensó mas que en expiar los pecados de que él propio se reprendia, y aun quiso abrazar la vida monástica para mejor aplacar la ira de Dios. Sabemos esto por una carta de San Hugo de Cluny (1), escrita á este príncipe á fin de confirmarle en esta segunda resolucion, que sin embargo no llevó á efecto. Dios queria por todos estos medios disponerle á una muerte cristiana, cuyo término no estaba lejos.

Muy distante estuvo el emperador Enrique de tener valor para imitar la sumision del monarca francés. Mas exasperado cada dia contra la Santa Sede, perseguia con todo esfuerzo á los prelados que rehusaban tomar parte en su cisma, ó que no entraban por lo menos en sus miras en el punto de las investiduras. Sin embargo no puede negarse que trató con bondad, y aun honró con su confianza á algunos obispos constantemente adictos á los principios fundamentales de la unidad. Aunque Bruno de Tréveris era de la comunión de los católicos,

(1) Epist. Hug. tom. 2 Spicil. pag. 401.

lo cual justificaba con sus virtudes, ningun señor tenia mayor autoridad en los consejos, ni mayor parte en la confianza del emperador, el cual le daba el nombre de padre. Este prelado, habiendo recibido la investidura por el báculo y el anillo, renunció su obispado de acuerdo con el Concilio de Roma; pero en atencion á su arrepentimiento y á los servicios que podia prestar á la Iglesia, fué restablecido tres dias despues á petición del mismo Concilio. Se le impuso sin embargo por penitencia que durante tres años no usase dalmática en la misa. Unido al Gefe de la Iglesia no cesó por eso de servir á Enrique que era su bienhechor; pero, dice la *Historia* de su Iglesia, no se manchó de tal modo con la comunión de los imperiales que por ello causase escándalo á los católicos.

Dió tambien Enrique IV grandes señales de estimacion á San Oton, obispo de Bamberg, á quien él mismo elevó á esta Silla del modo mas inesperado (1). Nacido Oton en Suavia de padres nobles, aunque poco afortunados, pasó en su juventud á la Polonia, en donde en aquella época no desollaban muchos hombres de talento. Su aplicacion á las ciencias, su aptitud para los negocios, su carácter afable é invariable, junto todo á su hermosura y á su exterior agradable, le proporcionaron la familiaridad de los grandes, de quienes era por lo comun el mediador, empleándole estos en negociaciones delicadas. Habiendo perdido el duque su esposa, y deseando casarse segunda vez con la hermana del emperador, estuvo Oton encargado de ir á pedirselo. Con este motivo dió tan claras muestras de su mérito, que el emperador le pidió al duque, quien no le cedió sin gran pesar. Fué nombrado en seguida capellan y canciller de Enrique, y habiendo vacado el obispado de Bamberg,

(1) Vit. lib. 1, cap. 3; Canis. tom. 2, pag. 333.

el príncipe mismo, después de una dilación de seis meses, mandó venir á su corte diputados de la diócesis, y les dijo que el afecto particular que tenía á su iglesia le había hecho tomar aquella larga dilación, con el objeto de hacer una elección acertada. En seguida tomando de la mano á Oton, «Aquí teneis, añadió, vuestro obispo y señor: una larga esperiencia nos ha dado á conocer su mérito, y sentiremos por mucho tiempo el vacío que va á dejar en nuestra corte y la falta de sus consejos (1105).»

Sorprendidos los diputados se miraban unos á otros, y aquellos cortesanos que habían esperado para sí ó para sus parientes esta dignidad, descubrian en su exterior su ambición y su sombría envidia. Oton por el contrario se arrojó á los pies del emperador, dijo con lágrimas que él no era mas que un hombre oscuro, indigno de aquel distinguido puesto, y rogó que fuese colocado en él un personaje capaz de ocuparle con honor. «¿Veis, dijo el emperador, cuál es su ambición? Pues esta es la tercera vez que se niega á admitir el obispado: he querido darle el de Ausburgo, y después el de Halberstad; pero Dios le reservaba para el feliz pueblo de Bamberg.» Hablando así, puso en sus manos el báculo y el anillo pastoral en el dedo, dándole por este medio la investidura, sin que el nuevo obispo reparase casi en ello. Esto fué para el virtuoso Oton un motivo mas de pena luego que volvió de su admiración; así es que inmediatamente prometió á Dios no conservar el obispado, como no recibiese del Papa una nueva investidura con la consagración, precediendo el consentimiento de su iglesia. No obstante, permaneció algunas semanas en la corte, y celebró la fiesta de Navidad con el emperador.

Luego que llegó á Bamberg dió cuenta al Sumo Pontífice de sus disposiciones y propósitos; y Pascual respondió reconocién-

dole al punto por obispo electo de Bamberg, é invitándole á pasar á Roma con entera seguridad. Oton partió en efecto con los diputados de su iglesia, quienes en los términos acostumbrados le pidieron por pastor: él espuso fielmente al Papa las circunstancias de su elección, y puso á sus pies el báculo y el anillo, pidiéndole perdón de su culpa ó de su irreflexión. Mandóle el Pontífice volver á tomar las insignias de su dignidad, y como su conciencia timorata no podía aun determinarse á cargar con el peso terrible del obispado, Pascual le mandó en virtud de santa obediencia someterse á las órdenes del cielo. Por último, él mismo le consagró con mucho aparato en 17 de mayo de 1105, día de Pentecostés.

Gobernó San Oton la iglesia de Bamberg durante treinta y seis años con toda la edificación que debía esperarse de sus talentos y virtudes. Amaba tanto á los pobres, que llenó de ellos la ciudad episcopal y las aldeas vecinas para cuidar él mismo de su alivio. Proveyó con la misma generosidad al sostenimiento y magestad del culto divino. Fundó hasta quince abadías y seis prioratos, tanto en su diócesis como en otras muchas de Alemania. Y sabiendo que se quejaban de tantas fundaciones, contestó que por muchas que fuesen, nunca podían reputarse excesivas tratándose de edificar posadas para los que se miran como viajeros en este mundo. Tuviéronle siempre en la mayor consideración en la Polonia donde había pasado su juventud, lo que empeñó al duque Boleslao, que quería establecer el cristianismo en Pomerania, á elegirle para esta empresa que no exigía menos que un apóstol, y el éxito colmó las esperanzas de este príncipe. Tales fueron las consecuencias de la elección de Oton hecha por Enrique IV para el obispado de Bamberg.

Pero así como no siempre son santas todas las obras de los Santos, así tambien

pueden las almas perversas ejecutar algunas acciones virtuosas sin interrumpir la carrera de sus malas inclinaciones. Después de la sorprendente promoción de San Oton, persiguió Enrique á Odon, honrado por sus virtudes con el título de bienaventurado, y sustituido canónicamente á Gochoero, obispo cismático y simoníaco de Cambray. No pudo Gochoero ser espelido de la ciudad mientras vivió el emperador, y así Odon se vió reducido á ejercer las funciones episcopales en el resto de la diócesis (1105).

No estaba sin embargo distante el término señalado á los excesos de Enrique. Para hacerle el castigo mas sensible, permitió el cielo que su hijo segundo, del mismo nombre que él, fuese el fatal instrumento. Su primogénito Conrado, rebelado ya contra él catorce años antes, no había conseguido hacerle entrar en razón. Al contrario, después de la muerte de Conrado, acaecida en 1101, intentó Enrique, aunque en vano, elegir otro Papa que Pascual. Hizo coronar rey á su hijo Enrique en el año 1102, declarando que quería cederle tambien el imperio, y que él partiría para Tierra Santa; pero transcurrieron dos años sin que pusiese en ejecución sus promesas. Enrique el joven se cansó de tan larga tardanza (1), y aprovechándose de la animadversión que el príncipe se había atraído por sus persecuciones contra la Santa Sede, enarbó el estandarte de la rebelión (1105). No era menos diestro que Enrique IV en el arte de fingir, y así aparentó una grande modestia y un sumo respeto á la Religión y sus ministros, protestando en varias juntas, y poniendo á Dios por testigo, y por lo comun con las lágrimas en los ojos, que no tomaba el soberano poder por mira alguna de ambición, sino por hacer que cesase un cisma de cuarenta años, que había

trastornado el imperio reduciéndole á la apostasía y casi al paganismo; que no deseaba de modo alguno la deposición de su padre y señor; que solamente trataba de oponerse á su irreligión y á su obstinación cismática; y que si consintiese en humillarse al Príncipe de los Apóstoles y á sus sucesores, se apresuraria á prestarle obediencia como el último de sus vasallos. Estas declaraciones artificiosas del joven rey atrajeron á su bando á los pueblos en tropel, y á la mayor parte de los señores.

Queriendo Enrique IV contener la deserción, escribió una carta muy humilde al Papa Pascual, para tratar de hacer sus paces con la Iglesia. En Roma confiaron muy poco de las promesas de un príncipe que tantas veces había violado hasta sus mismos juramentos; pero bien pronto su hijo Enrique llevó las cosas á un extremo tal, que toda mediación pareció inútil. Reunió un poderoso ejército, y marchó contra su padre, que por su parte tenía tambien fuerzas considerables. Encontráronse los dos ejércitos cerca de Ratisbona, en donde se detuvieron tres días en presencia uno de otro, separados solo por el rio Regen, que allí desagua en el Danubio. En esta posición Enrique el hijo, que conocía el peligro de venir á las manos con un guerrero experimentado y de un valor heroico, corrompió al duque de Bohemia y al marqués Leopoldo, cuyas tropas componían la fuerza principal de su padre: retiráronse estos al principio del combate, y abandonado el emperador se vió reducido á huir furtivamente con los pocos que le seguían.

Poco seguro el joven Enrique mientras vagaba en libertad su padre, propúsole una conferencia en Maguncia como para poner fin á todas sus desavenencias. Convenido en ello el emperador, el pérfido hijo al encontrarse con él le pidió perdón, se arrojó á sus pies, y los regó con lágrimas, las que

(1) Usperg. ann. 1105.